

no y el Capitolio, á fin de comunicar de una á otra colina, sin pasar por el Forum. De todo esto, apenas quedan vestigios.

Para santificar todos aquellos lugares, teatros seculares del orgullo, de la voluptuosidad y de las extravagancias de los paganos, Roma cristiana ha edificado muchas iglesias. Nombraremos, entre otras, la de San Teodoro. Edificada, dicen los anticuarios, cerca de la higuera bajo la cual fueron encontrados Rómulo y Remo, esta iglesia sirve para las asambleas de la cofradía de los *Nobles*. Allí son llevados los recién nacidos que están en peligro de muerte. Por su nombre, ella recuerda uno de aquellos gloriosos combates tan comunes en los anales de la Iglesia naciente. Intrépido soldado de Maximiano, pero más intrépido soldado de Jesucristo, Teodoro tuvo el valor de prender fuego á un templo de ídolos, en el cual se tributaba el culto más abominable. Arrestado al punto, se salvará si da la menor señal de arrepentimiento. Por toda respuesta: «Soy cristiano, dice, lo que he hecho, lo repetiré.» En seguida, se le arroja al suelo y le desgarran la piel con peines de fierro, hasta descubrirle los huesos y las venas, y expira. Su templo, colocado al pié del Capitolio, está frente al de Santa Martina, que está del otro lado. Así, el soldado cristiano y la Virgen consular, ambos mártires, están guardando gloriosamente las avenidas de la famosa montaña; y despues de algunos siglos, esas víctimas reciben los honores del mundo reconocido, en aquellos mismos lugares donde sus poderosos verdugos no conservan otro monumento que su execrado nombre.

19 DE DICIEMBRE.

Capilla papal.—El Sacro Colegio, division, origen, número, nombre, dignidad de los cardenales.—Anécdota.—Misa en la Capilla Sixtina.—Ceremonias particulares.—Visitas del arco de Tito, del Coliseo, y del arco de Constantino reunidos.—Reflexiones.

Era el cuarto domingo de Adviento: habia *capilla papal* en San Pedro. Se llama así la misa á que asiste el soberano pontífice, acompañado del Sacro Colegio. Muy contentos con hacer que sucediera al sombrío aspecto de las ruinas de Roma pagana, el augusto espectáculo de las ceremonias de Roma cristiana, partimos para la venerable basilica. Mediante dos paolos y medio, [un franco treinta y cinco céntimos] (0,27 pesos mexicanos) un buen fiacre de la plaza de España, tuvo á bien llevarnos al Vaticano. Mientras que nuestro *legno* corria á saltos sobre un pavimento de poco espesor, mis jóvenes amigos obedecian á la costumbre inevitable de todos los viajeros recientemente llegados no solo á Roma, sino á cualquiera otra ciudad ó poblacion. Con la cabeza en la portezuela, miraban los rótulos de las tiendas y las fachadas de las casas. Yo sucumbí á la misma curiosidad, cuando cruzando por mi espíritu un buen pensamiento, me dije: Vamos á ver el Sacro Colegio. Pero ¿qué es el Sacro Colegio? ¿qué son los cardenales? Si entro á la capilla Sixtina sin saber nada de esto; si al modo de los turistas pasados y presentes que caminan por solo ver, yo no veo en aquellos personajes mas que á unos eclesiásticos vestidos de rojo, entónces equivaldria á ver vasos etruscos ó geroglíficos egipcios. Tomando el asunto por lo serio, convoqué al punto á mis recuerdos y á mis estudios á asamblea general: comenzó la sesion, y obtuve las respuestas siguientes:

El Sacro Colegio se divide en tres órdenes: los cardenales obispos, los cardenales presbíteros, los cardenales diáconos.

El origen de los cardenales se remonta á lo primeros siglos de la iglesia, aunque su nombre no aparezca bajo Constantino. Al principio no eran más que diáconos ó sacerdotes de Roma, pero revestidos de un poder y dignidad particulares. Lo vemos, en efecto, presidir el Concilio general de Nicea y suscribir sus decretos en nombre del papa San Silvestre 1. ¿Cuál era, pues, la gerarquía de la iglesia de Roma? Se conviene universalmente en que San Pedro, habiendo establecido su sede en la capital del mundo, ordenó presbíteros y diáconos, á quienes distribuyó empleos particulares. El número fué entónces muy reducido, gracias á los progresos del Evangelio. San Cleto, tercer sucesor de San Pedro, pudo elevarlo á veinticinco. San Evaristo, que obtuvo la cátedra de San Pedro en 96, dividió la ciudad en parroquias, para evitar toda confusión; hasta aquí, no habia más que un sacerdote en cada parroquia. Hacia el año 140, el papa San Higinio, viendo aumentar el número de los fieles, agregó al pastor muchos otros clérigos. Estas iglesias ó parroquias *particulares*, fueron llamadas *títulos*, *títuli*; ya porque allí estaba la tumba de algun mártir ilustre, á la que se daba el nombre de título ó inscripcion; ya porque todo lo que la iglesia tomaba al paganismo, se convertia en la *propiedad*, *títulus*, de esta inmortal heredera de todas las cosas; ya en fin, porque cada sacerdote tomaba el nombre, *títulus*, de la iglesia particular que tenia á su cargo 2. Tal es el

1. Hoc. constat ex Nicæna synodo, quæ habita est Sylvestro pontífice, cui inter cæteros quo ita subscribunt: *Victor et Vincentius, presbyteri urbis Romæ pro venerabili viro papa et episcopo nostro Silvestro*. *Palti de Cardin. dignit. et offic.*, pág. 12.

2. Baron, an. 112.—San Greg., *Epist.* 63.

antiguo y glorioso origen de los cardenales-presbíteros.

En cuanto á los *cardenales diáconos*, es necesario saber que contando desde la fundacion de la iglesia de Roma, hubo en aquella ciudad siete diáconos como en Jerusalem. Comunmente sin *título* particular, ejercian sus funciones donde quiera que se encontraban. Ademas, se sabe que las funciones de los diáconos primitivos miraban principalmente al cuidado de los pobres, de los cristianos prisioneros por la fe, y de los mártires.

Hacia el año de 240, les asignó el papa Fabiano los diferentes cuarteles de la ciudad. En Jerusalem se ve á San Estéban á la cabeza de los diáconos; lo mismo pasó en Roma. El gefe de aquellos sagrados ministros, elegido por el soberano pontífice, con consentimiento del clero y del pueblo, tenia el título de arcediano. Nadie le llevó con más gloria que San Lorenzo. Roma se dividió entónces, como hoy, en catorce regiones; cada diácono tenia dos regiones en su departamento. Poco despues se igualó el número de diáconos al de los cuarteles. En cada region habia un lugar, una iglesia, en que el diácono ejercia principalmente sus funciones. Esta iglesia fué llamada *diaconia*. Tal es el origen igualmente venerable de los diáconos *regionarios*. A los catorce primeros se agregaron muy pronto otros cuatro nuevos, destinados especialmente para servir al soberano pontífice en la celebracion de los santos misterios y fueron llamados *palatini*.

Quedan los *cardenales obispos*. Encargados del cuidado de las iglesias todas, los sucesores de San Pedro imitaron á aquel grande Apóstol, y así como él habia dividido con sus colegas el peso del gobierno, quisieron tambien llevarlo en comun con los obispos sucesores de los Apóstoles. Eligieron entónces, para representar al

cuerpo episcopal, extendido por toda la tierra, á los obispos más cercanos á Roma, y formaron con ellos su consejo. Cuéntanse de estos, seis, llamados *obispos suburbicarios*. Tales son los obispos de Ostia y Velletri, de Porto y Santa Rufina, de Frascati, de Albano, de Santa Sabina, y de Prenesto 1. El obispo de Ostia es siempre el decano del sacro colegio. Este lugar, el más elevado que hay en la tierra despues del papa, le ocupaba, durante nuestra permanencia en Roma, el ilustre cardenal Pacca.

El número de los cardenales ha variado segun los tiempos: hoy es número fijo. El gran papa Sixto V, considerando con su mirada de águila aquella magnífica gerarquía de la Iglesia romana, quiso hacerla inimitable. En una bula en que se desplega toda la dignidad pontifical, examina á grandes rasgos las relaciones de la antigua con la nueva ley; allí muestra á Moisés asociándose con setenta ancianos, por orden de Dios, para que le ayudasen á llevar á la nacion santa á la tierra de promision; luego, aplicando esta magnífica figura a la iglesia cristiana encargada de conducir al género humano á la Jerusalem eterna, establece que en adelante, setenta ancianos formaran el senado del Moisés católico. Despues de haberlos mostrado en un sublime lenguaje, la grandeza de su dignidad y la importancia de sus deberes, asigna á cada uno de ellos por *título* una de las iglesias de Roma 2.

1. Sixto V en la bula *Religiosa sanctorum*, los designa en el orden siguiente: Ostiensi et Valiterana invicem unitis; Portaensi et Sanctæ Rufinæ itidem unitis; Albanensi; Sabinensi; Tusculana; et Prænestina.

2 He aquí los nombres de las iglesias titulares de todos los cardenales. Para los cardenales presbíteros: 1.º Sanctæ Mariæ Angelorum in Thermis. 2.º Sanctæ Mariæ in Trans Tiberim; 3.º Sancti Laurentii in Lucina; 4.º Sanctæ Praxedis; 5.º Sancti Petri ad Vincula; 6.º Sanctæ Anastasiæ; 7.º Sancti Petri in Monte Aureo; 8.º Sancti Onophrii; 9.º Sancti Silvestri in Campo Mar-

Para honrar á la ciencia y á la virtud, en donde quiera que se encuentren, se elige el Sacro Colegio entre las clases del clero secular y regular, y en cuanto más es posible de todas las naciones. Debe contar por lo ménos, cuatro doctores en teología que pertenezcan á las congregaciones

tio; 10.º Sanctæ Mariæ in Via; 11.º Sancti Marcelli; 12.º Sanctorum Marcellini et Petri; 13.º Sanctorum duodecim Apostolorum; 14.º Sanctæ Balbinæ; 15.º Sancti Cæsarei; 16.º Sancti Agnetis in Agone; 17.º Sancti Marci; 18.º Sancti Stephani in Cælio Monte; 19.º Sanctæ Mariæ Traspontinæ; 20.º Sancti Eusebii; 21.º Sancti Crysgoni; 22.º Sanctorum Quatuor Coronatorum; 23.º Sanctorum Quirice et Julitæ; 24.º Sancti Calixti; 25.º Sancti Bartholomæi in Insula; 26.º Sancti Augustini; 27.º Sanctæ Cæciliæ; 28.º Sanctorum Joannis et Pauli; 29.º Sancti Martini in Montibus; 30.º Sancti Alexii; 31.º Sancti Clementis; 32.º Sanctæ Mariæ de Populo; 33.º Sanctorum Nerei at Achiliæ; 34.º Sanctæ Mariæ de Pace; 35.º Sanctæ Mariæ de Ara Cæli; 36.º Santi Salvatoris in Laura; 37.º Sanctæ Crucis in Jerusalem; 38.º Sancti Laurentii in Panisperna; 39.º Sancti Joannis ante Portam Latinam; 40.º Sanctæ Pudencianæ; 41.º Sanctæ Priscæ; 42.º Sancti Pancratii; 43.º Sanctæ Sabinæ; 44.º Sanctæ Mariæ supra Minervam; 45.º Sanctæ Caroli; 46.º Sancti Thomæ in Parione; 47.º Sancti Hieronimi Illicorum; 48.º Sanctæ Susannæ; 49.º Sanctæ Sixti; 50.º Sanctæ Mattæ in Merulana; 51.º Sanctissimæ Trinitatis in Monte Pincio.

Hé aquí el nombre de las diaconías para los cardenales *diaconos*: 1.º Sancti Laurentii in Damasco; 2.º Sanctæ Mariæ in Via Lata; 3.º Sancti Eustachii; 4.º Sanctæ Novæ; 5.º Sancti Adriani; 6.º Sancti Nicolai in Carcere Tulliano; 7.º Sanctæ Agatæ; 8.º Sancta Mariæ in Dominica; 9.º Sanctæ Mariæ in Cosmedin; 10.º Sancti Angeli in Foro Piscium; 11.º Sancti Gregorii in Velum aureum; 12.º Sancta Mariæ in Portica; 13.º Sanctæ Mariæ in Aquiro; 14.º Sanctorum Cosmæ et Damiani; 15.º Sancti Viti in Macello.

Agregando los seis obispados de Ostia, de Porto, de Albano, de Santa Sabina, de Frascati y de Palestrina, tenéis setenta y dos títulos; dos más en apariencia de los que fija la bula de Sixto V. Pero conviene observar que el título de San Lorenzo in Damasco, no es una diaconía propiamente dicha. Siempre se Ja al vice-cancelario de la Iglesia romana, sea diacono, sacerdote ú obispo. En consecuencia, Sixto V añadió dos títulos, á fin de que si el vice-cancelario era diacono ú obispo, fuera privado de su título. En todas las letras apostólicas que se encuentran suscritas por los cardenales, cada cardenal debe firmar, indicando su título.

religiosas, y sobre todo, á las órdenes mendicantes. Temiendo que el espíritu de familia se mezcle en una institucion eminentemente católica, no pueden sentarse juntamente en el augusto senado dos hermanos, dos primos, el tío y el sobrino, por grandes que sean sus méritos.

El nombre de los cardenales revela por sí solo el importante papel que les está asignado en la gerarquía católica. Semejantes á los ejes que sostienen las puertas del templo material, están colocados en el edificio de la Iglesia como goznes sagrados sobre los cuales gira la puerta inmortal que abre y cierra el cielo; es decir, que son el apoyo y el senado del Vicario de Jesucristo, á quien rodean con sus luces, su experiencia y su abnegacion sin límites 1. Su nombre, inscrito por la primera vez en la historia, en la época del Concilio de Roma, bajo Constantino, brilla despues en cada página de los anales cristianos 2.

1 Apostolica Sedes caput et cardo a Domino et non aliis constituta est, et sicut cardine ostium, regitur, sic hujus Apostolicæ Sedis autoritate omnes ecclesiæ (Domino disponente) reguntur. Unde senatus cardinalium a cardine; nomen accepit, quasi se regat et alios: sicut enim ostium regitur per cardines, ita Ecclesiæ per istos. Et cardinalis cardines dicuntur in Romana Ecclesiæ duplici similitudine vel quia sicut domus habet ostium et cardinem; siu Ecclesiæ habet papam qui est ostium Dei vel Ecclesiæ et cardinales, etc. Moscon, *de Majestate milit. Eccl.* lib. I, c. V; et ex cap. *Sacro Sancta*, 2, dist. 22 y el papa Eugenio IV en su constitucion *Non mediocri*, § 14. Quorum officio nomen ipsum consonat optime, nam sicut super cardinem volvitur ostium domus, ita super eos Sedis Apostolicæ et totius Ecclesiæ ostium quiescit.—Y el cardenal Pedro d'Ailly *de Auct. Eccl. cap. de Card.* Senatui apostolorum succedit Collegium sacrum cardinalium quantum ad illum statum, quo Apostoli consistebant Petro, antequam fierent patriarchiarum ecclesiarum episcopi.

2 Præsul non damnatur nisi cum 72 testibus; præbiter vero cardinalis nisi cum 64 testibus non deponatur; diaconus autem cardinalis urbis Romæ, nisi cum 27 testibus non condemnetur. *cap. præsul.* 2 90, 5, *caus.*

Se les vé sucesivamente presidir los concilios generales, ó tratar en calidad de embajadores con los emperadores de Oriente y los reyes de Occidente acerca de los intereses más graves de las sociedades modernas; administrar la misma Iglesia estando vacante la santa sede y ejercer en los cónclaves la gloriosa prerogativa de dar un gefe á la cristiandad 1.

Todos aquellos personajes venerables á quienes íbamos á ver por la primera vez reunidos al rededor del Vicario de Jesucristo, exceden, pues, en dignidad, á los obispos, á los arzobispos, á los patriarcas y á los primados 2. Si es grato ver á un rey en medio de sus grandes oficiales, permítansenos decir, que nos parece más grato contemplar al soberano pontífice rodeado de su augusta corte.

Tanta grandeza y poder debian rodearse de ese brillo exterior necesario, como se dice, para atraer el respeto. Los soberanos pontífices tuvieron cuidado de real-

1 Hasta el siglo undécimo, el soberano pontífice era elegido por todo el clero con el *testimonio* del pueblo. Para evitar los inconvenientes anexos á este modo de hacer la eleccion, el papa Nicolás II, en 1059, decidió en el concilio de Roma, que los cardenales tuviesen la principal parte en la eleccion pontifical, pero que el clero y el pueblo fuesen consultados, rogados, para dar su consentimiento. "Decernimur atque statuimus "ut obeunte hujus Romanæ universalis Ecclesiæ Pontífice, in primis cardinalis episcopi diligentissime simul de electione tractantes, mox "Christi clericos cardinales adhibeant, sicque reliquius clerus et populus ad concensum novæ "electionis accedat." Cap. in *nomini Domini*, I, dist. 23.—Este nuevo modo de eleccion duró hasta el tiempo de Alejandro III, en 1179. Habiéndose manifestado todavía algunas dificultades, este soberano pontífice decidió en el concilio general de Letran: que debía tenerse por canónicamente elegido aquel que reuniese las dos terceras partes de los votos de los cardenales, excluyendo en adelante al clero y al pueblo de la eleccion. Tal es el modo actual confirmado por los siglos, por los soberanos pontífices y por los concilios generales. Véase á Barbosa, *Jus. Eccl. unio.* lib. I, c. I, n. 55.

2 Sanctæ Romanæ Ecclesiæ cardinales cæteros omnes, etc. Ferraris, art. *Cardin.*

zar con distinciones y privilegios la dignidad de los príncipes de la Iglesia. En el Concilio general de Lyon, en 1244, Inocencio IV les concedió el derecho de llevar sombrero rojo; Paulo II añadió á éste el de usar birrete y solideo rojos, prohibiendo, bajo penas graves, que otro que no fuese cardenal se adornase del mismo modo; en fin, fijó el caparazon de púrpura para sus cabalgaduras, cuando el Sacro Colegio salía á caballo. El título de *eminencia*, de *eminentísimo*, dado á los cardenales, con exclusion de otro dignatario de la iglesia, data de Urbano VIII. Pero uno de los más gloriosos privilegios de los cardenales, es el derecho de conseguir gracia para un criminal condenado á muerte. Si, el día de una ejecucion, encuentra el lúgubre cortejo á un cardenal, que sale de su palacio sin designio premeditado, se deja libre al culpable. ¿Es éste un recuerdo del antiguo privilegio de las vestales? Casi me vería tentado á creerlo, tanto así gusta Roma cristiana de conservar los nobles usos de la antigüedad.

Una regla severa, pero llena de sabiduría, prohíbe á los cardenales andar á pié por las calles de Roma; no pueden bajar del coche hasta despues de haber pasado el recinto de las murallas. La iglesia no quiere confundirlos con la multitud y exponerlos á una falta de respeto, aun involuntaria; esta regla es inflexible. El cardenal de Rohan, arzobispo de Besançon, se hallaba en Roma despues de la revolucion de Julio y quiso que se le dispensara de la regla. Los malos tratamientos que habia sufrido el cardenal, el destierro á que habia sido condenado, su ilustre nacimiento, su rara piedad, el afecto particular con que le honraba el soberano pontífice, eran, al parecer, títulos ciertos en favor de su solicitud. Un día, pues, se presenta en el Vaticano; Santísimo Padre, le dice, tengo una gracia que pedir. — Ha-

blad. — Estoy alojado cerca de la Trinidad; de los Montes en cuya iglesia digo misa. Ruego á vuestra Santidad que me permita ir á ella á pié. — Pedidme todo lo que queráis; pero de eso no hablemos; me es imposible concedérselo.

Sin embargo, todos aquellos príncipes de la iglesia á quienes veis recorrer las calles de Roma en dorados coches, tirados uniformemente por caballos negros de largas crines, son, en su interior, de una sencillez y de una afabilidad que encantan. Bajo la púrpura brilla la humildad del capuchino, la ciencia del benedictino y la caridad del camandulense. Su vida es muy ocupada; como gefes de las congregaciones romanas protectoras de los órdenes religiosos, el estudio, las audiencias papales, el cuidado de los pobres, las obras de caridad, las instituciones científicas y caritativas, y el estímulo y apoyo que dan á las artes, absorben su tiempo y sus módicas rentas. No hay un viajero que no se llene de admiracion al ver los espléndidos monumentos levantados en las iglesias de Roma á espensas de los cardenales titulares.

Acababa yo de pasarles revista á todos, cuando nuestro coche se detuvo al pié de la gran escalera que conduce á la capilla Sixtina. Llegamos al empezar el oficio y pudimos colocarnos de modo que podíamos ver bien. Es sabido que la capilla Sixtina es una de las glorias de Miguel Angel. El gran artista pintó la bóveda en veinte meses. Allí veis la creacion; los principales rasgos del Antiguo Testamento; más abajo, en los ángulos y en las ventanas, están los profetas y las Sybilas; es toda la epopeya del género humano, porque el desenlace de todas las cosas, el *Juicio final*, adorna el fondo de la capilla. Este famoso fresco, gloriosamente copiado por Sigalon, ha sufrido mucho. No es por eso ménos admirado de los ar-

tistas; pero concienzudamente y aunque haya costado tres años de trabajo á su autor, no carece de un defecto. ¿Cómo creer, por ejemplo, que el día del juicio ha de tener Nuestro Señor el aire enojado de un simple mortal, la actitud convulsiva de Júpiter lanzando el rayo, ó de Neptuno reprendiendo á las olas? Es fácil describir en esta falta de verdad, la repugnante influencia del mito olímpico, en el génio del artista cristiano.

Entretanto se reunia la asamblea. Los superiores de las órdenes, con diferentes trajes, llegaban á ocupar sus lugares al lado de la epístola. En frente de ellos se levantan las sillas de coro de los cardenales, situadas á derecha é izquierda del recinto reservado. A poco, los príncipes de la iglesia, trayendo la muceta de blanco armiño, la *cappa magna* violeta, llegaron seguidos por sus caudatarios y se colocaron en las sillas situadas á uno y otro lado del coro. Repentinamente se abrió una puerta á la derecha del altar; apareció el soberano pontífice; todo el mundo se puso en pié, el auguste anciano vestia la capa pluvial y la mitra blanca. Despues de una corta adoracion al pié del altar, subió á su trono levantado en el santuario, al lado del Evangelio; un obispo estaba en el altar.

¿Qué imponente golpe de vista presentaba la capilla Sixtina! Todos los príncipes de la iglesia, la mayor parte ancianos de cabellos blancos, rodeando al pontífice supremo, anciano tambien, encanecido por trabajos y cuidados! La majestad de sus frentes, el religioso silencio de los asistentes, todo esto formaba un espectáculo que conmovia profundamente el alma del viajero cristiano. ¿Puede la vista humana contemplar una asamblea más augusta? ¿Qué corte de Europa y del mundo, presenta un senado en que se encuentren reunidas, tanta gravedad y ciencia, tantas virtudes y experiencia, de los hombres y de las cosas?

Mis miradas se fijaron particularmente en el decano del Sacro Colegio, el ilustre cardenal Pacca. Me acordé con ternura de que en 1810 aquel venerable anciano fué lanzado de Roma con el papa Pio VII, sin tener entre los dos otro recurso que *treinta y cinco* sueldos en el bolsillo! Miré con una curiosidad mezclada de espanto al cardenal Mezzofanti, á esa *Pentecostés viviente*, á ese prodigio único en la historia, que habla treinta y tres lenguas, cada una con su acento particular y que comprende otras cuarenta y ocho ó cincuenta, sin contar los dialectos (patois).

Comenzó el oficio, y fuimos testigos de muchas ceremonias llenas de sentimiento y de majestad. Antes de la misa, todos los cardenales fueron á besar la mano al papa, dulce homenaje rendido por los príncipes de la iglesia al auguste anciano, padre, rey y pontífice. En el Evangelio, un religioso subió al púlpito y pronunció en latin un discurso de cerca de un cuarto de hora. Segun antigua costumbre, solo en este idioma se predica delante del Santo Padre. Acabado el sermón, toda la asamblea se puso de rodillas y el celebrante comenzó el *Confiteor*, que todo el mundo rezó como él en alta voz. ¡Cuán bien colocado está este *Confiteor*! El orador, tal vez tenga que reprocharse el no haber tratado la palabra de Dios con bastante respeto y pureza de intencion: *Confiteor*. El auditorio ha carecido tal vez de atencion y del deseo de aprovecharse de esa palabra de quien nos ha de juzgar: *Confiteor*. Todos tienen necesidad de humildad, porque la humildad es el mejor medio de suplir las disposiciones que se han despreciado y de llamar nuevos favores: *Confiteor*.

En el *Credo*, bajó el Sacro Colegio de las sillas y vino á formar como una herradura delante del santuario. ¡Y hubiérais oído á todos aquellos príncipes del mundo, de blancos cabellos, en pié, ante el altar

del Cordero, rezar en voz alta el símbolo católico; y ese mismo símbolo se repetía á la misma hora, el mismo día, por millones de católicos y por todas partes del globo, y hé aquí que la unidad y la universalidad de la fe se hacían en cierto modo palpables! Despues de la profesion de fe, volvieron los cardenales á su lugar. Al *Sanctus* bajaron de nuevo y se colocaron como en el *Credo*, en círculo, en el interior de la nave; todos reunidos repitieron el himno de la eternidad: "*Sanctus, Sanctus, Sanctus Dominus*, etc. Luego vimos á todos aquellos ancianos arrodillarse, y despojando sus blancas cabezas del rojo solideo, insignia de su dignidad, se inclinaron hasta la tierra para adorar al Dios humillado en el altar. ¿No era ésta una vision del cielo? "Y yo ví, dice San Juan, á los "veinticuatro ancianos prosternados ante "el trono del Cordero, y les oí repetir: "*Santo, Santo, Santo es el Señor, el Dios de "los ejércitos.*" Acabada la elevacion, volvieron todos á su lugar á esperar el ósculo de paz, que les fué llevado por el arcediano, y que se dieron abrazándose. Yo lo confieso, nunca la religion me habia parecido tan sublime, tan majestuosa, tan llena de inefables misterios, como en aquella misa, única en la tierra, á causa de la asamblea que la oía. Tal fué el principio de nuestro día: he aquí el fin:

Roma es la ciudad de los contrastes. Como Rebeca, ella tiene dos mundos opuestos en sus entrañas. Gustábamos de pasar del uno al otro, buscábamos las grandes antítesis de Roma pagana y de Roma cristiana, y en cuanto fuera dado exponíamos nuestra alma á su poderosa accion el mismo día, á la misma hora. Este tránsito continuo de una impresion á otra, forma la delicia del peregrino: su vida se duplica. Algunas horas despues de nuestra salida de la capilla Sixtina, iba yo á descansar bajo los tibios rayos del sol de Italia,

en la vertiente oriental del Palatino, que habíamos visitado ya la víspera.

Ya hacia algunos días que yo me tenia reservado este punto de observacion, creyendo que si Jeremías viniese á meditar sobre las ruinas de Roma, no escojeria otro lugar. Allí, sentado sobre el polvo del palacio imperial de Augusto y de Neron, teneis á poca distancia el arco de Tito, el arco de Constantino y el Coliseo, que forman delante de vos como un vasto triángulo. Edificado sobre las fronteras del mundo antiguo y del mundo nuevo, en la época en que el judaismo y el paganismo disputaban á la iglesia naciente el imperio de la humanidad, esos tres monumentos, indestructible soldadura de la historia profana y de la historia cristiana, inmortalizan con el nombre de sus tres potencias beligerantes, la existencia, los medios y el resultado de la gran lucha.

El primero que se presenta á la vista, es el arco de Tito; repite en su doble inscripcion, grabada por manos romanas, la antigua profecia de Daniel, el deicidio del Calvario; recuerda al príncipe extranjero, caminando á la cabeza de su ejército, destruyendo á Jerusalem y llevando cautivos á los hijos de Israel; declara tambien el resultado de la lucha comprometida por aquel pueblo contra Cristo en persona, y enseña á todas las generaciones el efecto de aquella palabra deicida: *Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos!*

El segundo es el Coliseo; este espantoso monumento atestigua la incalculable degradacion de la humanidad en los días del cristianismo naciente, la guerra á muerte que el paganismo, elevado á su mayor poder, hizo á la iglesia, y el brillo refulgente del milagro que dió la victoria al débil contra el fuerte, á las víctimas contra los verdugos, ¡y aquella sangrienta arena fué pisoteada por los judíos prisioneros de Tito! ¡Oh Salvador Jesus, Cordero domina-

del mundo! ¡os era necesario un campo de batalla para vencer con brillo, y habeis querido que vuestros mismos enemigos, los paganos y los judíos, levantasen con sus propias manos el teatro inmortal de su derrota y de vuestra victoria!

El tercero es el arco de Constantino. Volviendo nuestras miradas hácia la derecha, se encuentran con aquel elocuente y fiel testigo de la completa victoria del cristianismo sobre el mundo.

El arco de Constantino, vencedor del paganismo, es superior al de Tito, vencedor de una nacion particular. Contiene tres bóvedas arqueadas. Abajo de la gran bóveda se lee por una parte:

LIBERATORI VIBIS.

"Al Libertador de Roma."

Del otro lado:

FUNDATORI OVIETIS.

"Al fundador de la paz."

Encima del piso se encuentra repetida en cada lado del monumento la inscripcion por siempre célebre, que preclama al príncipe cristiano *divinamente* vencedor:

IMP. CES. FL. CONSTANTINO MAXIMO P. F.
AUGUSTO S. P. Q. R.

QVOD INSTINCTV DIVINITATIS LENTIS
MENTIS MAGNITUDE COM EXERCITU SVO
TAM DE TYRANNO QVAM DE OMNI
EJUS FACTIONE VNO TEMPORE
IUSTIS REMPUBLICAM VLTO EST ARMIS
ARCVM TRIUMPHIS INSIGNEM DICAVIT.

"Al emperador muy grande y siempre feliz César Flavio Constantino Augusto, dedican este arco triunfal el Senado y el pueblo romano, por haber vengado á la República con su ejército en una guerra justa, mediante la inspiracion de la divinidad y la grandeza de su genio, del tirano y de toda su turba."

Y los tres monumentos que yo contem-

plaba, son contemporáneos de los hechos que atestiguan; los dos primeros son debidos á manos nada sospechosas, y el tercero atestigua un hecho brillante como el sol.

Están allí á cincuenta pasos de distancia ¡y los bárbaros que destruyeron tantos otros, los han respetado! Si agregais el Panteon de Agrippa, vereis entónces que de todos los edificios de la antigua Roma, los mejor conservados, los más incontestablemente íntegros, son precisamente aquellos que atestiguan los grandes hechos del cristianismo. ¿No os parece visible el dedo de la Providencia en la conservacion excepcional de estos monumentos? ¿Cómo no arrodillarse en presencia de semejante espectáculo, y decir desde el fondo del corazón: *Dios mio, ¿yo creo?*

Vistas con los ojos de la filosofía y de la fe, las grandes ruinas romanas tienen una maravillosa elocuencia; las más pequeñas tienen tambien la suya. Dios y el hombre se reúnen allí, porque el cristianismo vencedor, y el paganismo vencido, están allí, por todas partes el uno en presencia del otro. Obra del hombre, la vieja ciudad de Rómulo no presenta por todas partes más que un vasto conjunto de templos, de palacios, de acueductos, de mausoleos mutilados, mitad en pié y mitad ocultos en el suelo. Obra de Dios, la Roma de San Pedro y de Gregorio XVI, siempre radiante de juventud, aunque la cruz del Calvario haya coronado el Capitolio más largo tiempo que el águila imperial, lanza tranquilamente hácia el cielo las cúpulas de sus templos; domina, protege, cubre con su egida todo aquello que Dios trata de salvar de la Roma antigua. Por todas partes veis un despojo del paganismo venir á refugiarse bajo el ala de la religion, para escapar de la completa ruina. Semejantes á los cautivos que acep-

tan toda especie de condiciones con tal de que se les conceda la vida, las viejas glorias de Roma se someten á todos los usos. Ya son templos cristianos, tumbas de mártires, columnas, pedestales, humildes umbrales, y hasta pavimento de la casa del vencedor. Les basta que la hija del cielo se digne tocarlos con el dedo, para estar contentos. Esto es para ellos la prenda de la inmortalidad. Podría decirse que ellos se acuerdan de los bárbaros, y de su terrible martillo, que les ha dejado eternas cicatrices. Para escapar de nuevas devastaciones, suspiran despues por verse adoptados por aquella pobre iglesia, cuya sangre habian bebido en los dias de su gloria.

¡Cuántas veces se ve arrebatado de admiracion el viajero católico, á vista de todos aquellos obeliscos, en otro tiempo levantados en honor de los potentados del antiguo mundo, cuando lee en su base: *Erigido á Augusto, á Marco-Aurelio, á Trajano; y poco mas arriba: Reparado por Sixto, por Clemente, sucesor del pescador galileo;* y cuando en su vértice ve brillar la estatua de San Pedro, de San Pablo, de María, ó la Cruz! Hay en esto, si no me engaño, historia y poesía. Hay más todavía; ese doble espectáculo de la derrota y de la victoria que se encuentra á cada paso, es una grande enseñanza para el corazon. En el alma sería eleva á su mayor poder, el desprecio de todo lo que es del hombre, y la admiracion de todo lo que es de Dios. Ahora, viajeros, artistas, peregrinos, quienes quiera que seais; si á vista de los monumentos romanos, se reunen esos dos sentimientos para alejaros de todo aquello que pasa, y acercaros á todo lo que no pasa, habreis llegado á ser mejores y podreis decir: He visto á Roma; si nó, nó.

20 DE DICIEMBRE.

La *Meta sudans*.—El Coliseo.—Primeras impresiones.—Descripcion del Coliseo.—Descripcion de los combates.—Martirio de San Ignacio.—El Coliseo, Capitolio cristiano.

Ayer era demasiado tarde para entrar al Coliseo. Además, me habia propuesto no visitar, sino hasta hoy, el Capitolio de los mártires. Tenia para esto una razon, que diré muy pronto. Llegamos á buena hora, y con un tiempo soberbio, al colosal monumento. La *Meta sudans*, que se levanta á pocos pasos, llamó nuestra atencion. Es una ruina de cuya mitad se desprende una masa de ladrillos y piedras, semejante á las columnas ó *limites* de los antiguos circos; de aquí le viene el nombre de *Meta*. La columna coronada por una estatua de Júpiter, estaba perforada en el centro, y formaba un ancho tubo, del cual brotaba, para caer en un vasto recipiente de mármol, una de aquellas fuentes tan comunes en la ciudad de los Césares. El agua venia del monte Esquilino, y servia para las varias necesidades del anfiteatro y de los espectadores.

Por fin avanzamos hasta el Coliseo. De pié ante aquella gigantesca ruina, cuyo vértice I alcanza la vista con trabajo, enmudece de estupor el viajero. Dos sentimientos absorben el alma toda entera: una profunda indignacion, y una compasion más profunda aún. ¡Hé ahí esos monumentos que necesitaba el pueblo romano para ver correr la sangre á su gusto! y aquí ¡qué torrentes de sangre corrieron! aquí fueron degollados y devorados á millares nuestros padres, nuestros hermanos, nuestras madres, nuestras hermanas en la fe, ¡inocentes ovejas del divino Pastor!

1 Ad eujus summitatem regre visio humana conscendit. *Am. Marcell.*

¡Con qué inexplicable felicidad miramos la cruz colocada en el centro de la arena misma! ¡Salud, signo de victoria, único en pié entre las ruinas del Coliseo y en las alturas del Capitolio!

Fieles á nuestro plan, estudiamos el anfiteatro, bajo el punto de vista pagano y bajo el punto de vista cristiano. El Coliseo, edificado en el lugar mismo de los estanques de Nerón, fué comenzado por Vespasiano y acabado por Tito. 1 El vencedor de Jerusalem hizo trabajar en él sin descanso á los hijos de Abraham, á quienes habia llevado cautivos. Dícese que doce mil judíos sucumbieron en el trabajo; ¡singular destino de aquel pueblo que edificó por cuenta de sus opresores el Coliseo en Occidente y las Piramides en Oriente! Terminada la obra, se la dedicó Tito á su padre Vespasiano, dando en ella juegos que duraron ciento veinte dias y en los cuales se presentaron cinco mil fieras y cerca de diez mil gladiadores. 2

El Coliseo forma un inmenso óvalo cuya altura es de 157 piés y su circunferencia de 1641. Antes de entrar al interior le dimos vuelta por fuera; éste es el modo de conocerlo bien en mi concepto. Tres cosas fijaron al punto nuestra atencion: la naturaleza de la construccion, los pórticos y las puertas.

Los cimientos subterráneos con gruesos pedazos de piedra ó travertín cortados en cuadro y el resto de anchos ladrillos fuertemente unidos, tal es el sistema ordinario de las antiguas construccionen romanas. No es lo mismo en el Coliseo. El gigantesco monumento es desde la base hasta la cima todo de piedra de Tivoli, especie de mármol, fuerte, duro y resistente al fuego. A flor de tierra se encuentran, uno al lado

1 Hic ubi conspicui venerabilis amphiteatri. Erigitur moles stagna Neronis erant.

Mart. *Epig. II. Spectacul.*

2 Cassiod. *In Chron.*, etc.

del otro, dos pórticos circulares que rodean todo el edificio. El pórtico exterior servia de entrada y comunicaba, ya con el pórtico exterior, ya con las escaleras que conducen á los pórticos superiores. Estos á su vez contenian en amplísimas galerías á olas de espectadores que colocaban en las gradas del anfiteatro *vomitoria*. El pórtico exterior tenia un doble uso: el de pasear allí durante las calores y el de proporcionar un abrigo cómodo á los asistentes cuando la lluvia venia á sorprenderlos. Encima del pórtico exterior se levantan otros muchos que contribuyen á embellecer los diversos órdenes de arquitectura.

El orden *dórico* reina en las pilastras inferiores y en los arcos y columnas de bajo relieve. El orden *jónico* brilla en todos los arcos superiores y en las pilastras sin columnas. Viene en tercer lugar el orden *corintio*. Más noble que los dos primeros, reina con gracia y majestad en los arcos abovedados y en las pilastras de los pórticos más elevados. Desde allí hasta el techo no veis más que arcos y grandes ventanas con pilastras de orden *compuesto*. Entre estas anchas ventanas aparecen las consolas que sostenian las vigas de madera revestidas de bronce dorado y destinadas á sostener el *velarium*. En fin, una magnífica corniza, de la cual subsisten algunas ruinas, coronaba la inmensa construccion.

Las puertas del Coliseo son de dos especies: las grandes y las pequeñas. En los dos extremos del óvalo se abren las dos grandes puertas y forman dos arcos de una belleza y de una dimension extraordinarias. Además, la que mira al *Forum*, es un poco ménos grande que la otra. Todos convienen en que por la primera se introducía á los gladiadores y á los desgraciados que eran condenados á las fieras. La segunda, vuelta hácia San Juan de Letran, daba entrada á las máquinas, á los